

QUÉ SIGNIFICA SER MUJER Y POR QUÉ NECESITAMOS HOMBRES FEMINISTAS

*My candle burns at both ends.
It will not last the night.
But ah, my foes, and, oh, my friends.
It gives a lovely night.*
Edna St. Vincent Millay

Ser feminista no quiere decir odiar a los hombres, ni por supuesto, ser lesbiana. Tampoco implica renunciar al sujetador, el lápiz de labios, los tacones de aguja y los pendientes. Se trata de reclamar el poder de las mujeres y el derecho de cada una de nosotras a utilizar ese poder según nuestros propios términos. La que suscribe, por ejemplo, se considera feminista y usa maquillaje de cuando en cuando y sujetador todos los días (y más le vale, dado que no es precisamente una sílfide).

Esa concepción trasnochada que equipara el ideario feminista con la corriente más radical del feminismo histórico es tan absurda como la que asocia nacionalismo a terrorismo: se trata de tomar la parte por el todo.

En nuestra sociedad hemos heredado una visión del feminismo como ideología represora a través de los medios de comunicación –dirigidos sobre todo por hombres– y, según esta visión, una feminista es una mujer difícil. Impera un concepto monocromo, unidimensional, del feminismo que se identifica con el feminismo separatista, la corriente más radical del feminismo de los años setenta que propugnaba que, siendo el macho el explotador directo de la mujer, ésta debería distanciarse del hombre, “no pactar con el enemigo”. En los noventa se requiere una redefinición, para que deje de existir ese absurdo personaje de mujer que dice: “*Yo no soy feminista, pero...* (y a continuación va desglosando los puntos fundamentales del ideario feminista, uno por uno) ... *pero aspiro a ganar igual que un hombre, pero no me gusta que se me juzgue sólo por mi físico, pero creo que los medios de comunicación presentan una imagen falsa de lo que es la mujer, etc, etc, etc...*”. Resultaría gracioso si no fuese aterrador el hecho de que la mayor parte de las mujeres que están de acuerdo con el ideario feminista no se identifican a sí mismas como feministas.

El feminismo se engloba dentro de una ideología progresista en la que también se integrarían la lucha contra el racismo, la xenofobia o la homofobia, es decir, una ideología que asume que a todos los seres humanos han de corresponderles los mismos derechos sin distinción de sexo, raza, opción sexual, religión o credo.

En el imaginario popular, una feminista es la mujer que quiere ser más fuerte que los hombres, o que quiere vivir sin hombres o que quiere ser un hombre. Pero para mí una mujer feminista no se define en absoluto según su relación con los hombres, sino según su relación consigo misma y con el resto de la población en general. Feminista es la mujer que quiere ser considerada y tratada como un ser humano y pretende conseguir ciertas medidas sociales que se lo garanticen: control de su cuerpo, incluyendo el derecho a la anticoncepción y al aborto, el fin de la discriminación social y salarial, permisos de maternidad, guarderías subvencionadas... Feminista es la mujer que se plantea el derecho a disfrutar de su propio bienestar y que desea ser juzgada como un individuo antes que como miembro de un grupo con una sola personalidad, una sola función social, un único camino de acceso a la felicidad. La feminista es la mujer que considera que tiene valor por sí misma, y no como medio para conseguir los objetivos de otros: sus fetos, sus hijos, su familia, sus jefes o sus compañeros sentimentales.

Los planteamientos y reivindicaciones del movimiento feminista, o de lo que se ha dado en llamar *posfeminismo*, *tercera ola feminista* o *feminismo del poder* (versus *feminismo de la diferencia*), esto es, las reivindicaciones de una serie de mujeres que han crecido en una sociedad que ya asume, teóricamente pero no en la práctica, la igualdad de derechos y deberes de hombres y mujeres, propugnan un orden social más equitativo que redundaría en beneficio de todo el sistema, no sólo en el nuestro propio. No hemos venido a proclamar la lucha de sexos, sino a abrir un debate acerca de la necesidad de replantear la vigencia de unos roles obsoletos sobre lo que en nuestra sociedad se considera masculino y femenino, que lejos de ser producto de una tendencia natural son construcciones sociales destinadas a reforzar la separación artificial entre hombres y mujeres, a apuntalar una distancia creada para mantener una estructura de poder desequilibrada e injusta que nos perjudica a la postre a ambos sexos. En las tres últimas décadas las construcciones de género que se habían mantenido durante milenios se han hecho añicos. Las mujeres, en su voluntad de redefinirse, han obligado al hombre a hacer otro tanto.

“*Yo no soy feminista, sino femenina*”, es una frase que me pone de los nervios y que suelen utilizar, por lo general, starlettes cuyo cociente de inteligencia parece ser inversamente proporcional a su volumen torácico.

Entonces habría que definir qué significa ser *femenina*: ¿Pintarse? ¿Llevar tacones? ¿Usar sujetador? ¿Leer el Hola? ¿Tener un buen par de tetas?

Pues no va por ahí la cosa. La feminidad es una cuestión genética, dado que la evolución ha determinado los dos sexos de la especie humana diferenciando el vigésimo tercer par en sus cromosomas: XX en la mujer y XY en el hombre. La diferencia entre el hombre y la mujer estriba, primordialmente, en que la hembra puede parir y el hombre no. Y la condición de reproductora, asociada a un patrón de mujer *recolectora/ hombre cazador* dará lugar a ciertas, muy relativas y muy escasas, diferencias marcadas por la genética. La mayoría de las desemejanzas que se supone que existen entre hombres y mujeres no son reales ni universales, sino relativas y puntuales: se construyen según las necesidades de cada sociedad. Pero aunque las conexiones entre los roles que adoptamos y nuestra identidad sexual –lo que sentimos que significa ser hombre o mujer– sean arbitrarias, se nos ha condicionado para que creamos que están necesariamente unidas.

No hace mucho, un amigo me invitó a cenar a su casa. El tal amigo es padre de dos criaturas, niño y niña, ambos rubios, ojiazules, simpáticos y monísimos. Yo no supe distinguir al uno de la otra. Y no porque los dos usaran el pelo corto y se pusieran pantalones, sino porque ambos lucían una melenita a lo paje y llevaban vestiditos. El niño se había empeñado en ponerse el trajecito estampado con corazones de la niña, que le gustaba más que sus vaqueros. De la misma forma quería jugar con las muñecas de su hermana y que su madre le peinara con coletitas, igual que a ella. A su mamá la historia no parecía preocuparle demasiado, pero, eso sí, no le permitía al querubín ponerse falda y coletas fuera de casa “para que los otros niños no se rieran de él”. Además, la madre pensaba que el problema de su hijo es que “era femenino”. A mí no me pareció que el niño fuera femenino en absoluto. Simplemente, que se adaptaba a los juegos y las actitudes de la hermana, a la que se le veía muy unido, y que parecía ser la dominante en la relación fraternal. El niño no era femenino ni masculino, porque la feminidad o la masculinidad no se definen mediante atributos externos tales como el atuendo o el peinado. Ningún estilo indumentario es intrínsecamente masculino o femenino: se convierte en tal en el momento en que una determinada sociedad lo define así.

Los tacones, por ejemplo, ¿son femeninos? Sí, en nuestra sociedad. Pero en tiempos de Luis XVIII eran masculinos. Los duques y marqueses y chambelanes de su corte se empolvaban la cara, usaban pelucas y lunares postizos, se pirrabán por las casacas estampadas, los pañuelos de encaje y las medias de seda y solían caminar alzados sobre unos tacones de diez centímetros. Y creo recordar que el monarca que impuso tal moda fue padre de diecitantos hijos...

El pelo largo, ¿masculino o femenino? Bueno, Sansón, que era un hombre *muy hombre* si hay que creer en las escrituras, llevaba el pelo largo y todos recordamos cómo perdió su fuerza de diez leones cuando Dalila se lo cortó. En la mayoría de las tribus sudamericanas los guerreros llevan el pelo largo. Los mandarines chinos también se dejaban crecer el pelo y se lo trenzaban primorosamente (amén de dejarse las uñas largas). Y las vírgenes de algunas tribus africanas lo llevan cortísimo para simbolizar su doncelez.

¿El maquillaje? Masculino en mayor proporción que femenino, puesto que en la casi totalidad de las tribus preindustriales el maquillaje se reserva a los hombres, que son los guerreros, mientras que las mujeres no se pintan el rostro. También los mandarines se maquillaban. En la sociedad árabe tanto los hombres como las mujeres se pintan los ojos. Sólo la sociedad industrial moderna reserva el maquillaje exclusivamente a las mujeres.

Las faldas... ¿son femeninas? Los hombres árabes utilizan chilabas; los escoceses, kilts; los patricios romanos llevaban túnicas, los monarcas, mantos; los mandarines, kimonos. En China, sin embargo, las campesinas llevan pantalones.

En realidad lo que en nuestra sociedad se entiende como atributos femeninos no son sino atributos de riqueza: el pelo largo resultaba, hasta la aparición del agua corriente y las cremas suavizantes, muy costoso de mantener y peinar, y sólo alguien que contara con criados podía lucirlo; los incómodos tacones, amén de hacerle parecer más alto a uno, obviamente, indicaban que su poseedor pertenecía a la nobleza y que no estaba obligado a andar si no quería; los pantalones (como cualquier mujer sabe) son más prácticos para trabajar y por eso eran prenda de campesinos y palafreneros, y las uñas largas y cuidadas eran privativas de aquellos que no tenían que realizar trabajos manuales.

Desde el momento en que en nuestra sociedad la mujer (o un tipo de mujer) se convierte en un *objeto* que denota la riqueza de su *poseedor*, se le destinan a ella los atributos externos de riqueza. Las

mujeres de clase baja, las que trabajaban y parían, ni llevaban tacones ni lucían peinados complicados ni se maquillaban. Pero las mujeres de burgueses, que no tenían que atender a la casa o a los niños puesto que contaban con servidumbre encargada de hacerlo, no tenían otro fin que el ornamental: cuanto más hermosas fueran, más podía su marido presumir de ellas.

En las tribus preindustriales no hay mujeres-objeto. Las mujeres trabajan, y por lo tanto no se las adorna. En el campo un ama de casa se ocupa no sólo de su casa, sino también de todo lo que la rodea: la huerta, la granja, etc... Pero en la sociedad llamada moderna siempre se ha decorado a las mujeres de clase alta, y a medida que la sociedad se democratiza y se va trasladando del entorno rural al urbano, el papel femenino es menos útil y más ornamental, no sólo en la clase alta, sino también en la media.

Es decir, hasta el siglo xx la mujer adornada siempre había sido la mujer de clase alta, la burguesa o la prostituta. Una campesina no usaba joyas ni polvos ni corsé ni perfumes. Pero a mediados de este siglo, en una sociedad urbana y tecnológica, a la mujer se la recluye en un piso a cuidar de una casa con electrodomésticos que no requieren excesivo cuidado y de un par de niños (no suelen ser más) a los que sólo habrá que atender cuando sean muy pequeños, puesto que después pasarán la mayor parte del día en el colegio. El cutis de esta mujer no va a arrugarse después de recoger la cosecha en el campo, ni sus manos se secarán a cuenta de acarrear agua todo el día, ni quince partos sucesivos arruinarán su figura. En el impasse que transcurre entre la creación de la sociedad típicamente urbana y la incorporación de la mujer al mundo laboral es cuando se crea la mujer objeto típica de los años cincuenta y sesenta USA sacralizada en las películas de Doris Day: una muñequita de pelo falsamente alisado y decolorado, con las mejillas encendidas a base de carmín y los labios reperfilados en forma de corazón, que está esperando a su adorado esposo con la cena preparada y el martini en la mano. Es como un caniche: mientras servía para cazar patos a nadie le preocupaba su aspecto, se trataba un perro de aguas más, sucio y con rizos enmarañados. Pero cuando se convierte en animal de compañía, sin otra función aparente que la de resultar mono y gracioso, es cuando se le acicala convirtiéndolo en ese animalito ridículo con pompones con el que ahora le identificamos.

Y ojo, que con esto no quiero decir que sea horrible pintarse, ponerse tacones y usar maquillaje. Tan saludable es expresar la propia sexualidad como querer ofrecer el mejor aspecto de un@mism@. Lo que es patético es que este derecho se vete a uno de los sexos y se conceda al otro no como herramienta para expresar una sexualidad libre y asumida, sino como espejo para reflejar la del otro, los deseos del otro, las fantasías del otro. Por eso las *drag-queens*, al apropiarse de los atributos sexuales externos tradicionalmente reservados a las mujeres, realizan, conscientemente o no, una protesta política, una reivindicación y recuperación de la identidad sexual pasiva masculina que no se admite en nuestra sociedad, en la que el hombre sólo puede expresar un rol sexual activo (y por eso se dice que una mujer se *entrega* a un hombre, que un hombre *la posee, la toma o la hace suya*, y no se dice que una mujer *posea, tome o haga suyo* a un hombre, ni que un hombre entregue su virginidad a una mujer). Y es que las *drags* no intentan vestirse de mujeres, sino de seres hipersexuados. Una *drag* se diferencia de un travesti en que no pretende en ningún momento ser una mujer, sino un hombre vestido de objeto (y no sujeto) de deseo, cosa muy distinta.

La “feminidad”, es decir, la asunción de determinadas vestimentas y actitudes al sexo femenino, se convierte en una camisa de fuerza, en un paquete de normas absurdas destinadas a mantener a hombres y mujeres en su *lugar*. La tal “feminidad” no es difícil de aparentar. Todo lo que una mujer tiene que hacer para parecer *femenina* es mostrarse pasiva, sumisa, incompetente, desvalida y quejica. Lo último que se espera de una mujer *femenina* es que sea capaz de conseguir algo por sí misma. A los hombres, al contrario, se les incita a definirse a sí mismos por medio del éxito, a conducir un Golf, a situarse socialmente por encima de vecinos y compañeros, a convertirse en ejecutivos respetados, a no mostrar sus emociones, a no llorar en público.

Si comparamos a mujeres y hombres, el trato diferenciado que se les asigna desde el nacimiento hace difícil determinar qué se debe a la biología y qué a la socialización, qué comportamiento es femenino o masculino per se y cuál no.

Masculinidad y feminidad, en nuestra sociedad, son construcciones relacionales: lo femenino es lo que no es masculino, y viceversa. Nada es masculino o femenino de por sí, sólo en tanto en cuanto se lo compare con su opuesto. Aunque el macho y la hembra puedan tener características universales (como explicaré más tarde), no se puede comprender la construcción social de la masculinidad o de la feminidad sin que la una haga referencia a la otra. La masculinidad no constituye una esencia, sino una ideología que legitima el entramado de un tejido social: Como la mujer, “por naturaleza”, es menos promiscua que el hombre, se justifica el doble rasero según el cual las aventuras sexuales que refuerzan el estatus social de un hombre le quedan absolutamente prohibidas a la mujer que vaya a ser su esposa. Y como el hombre es agresivo “por naturaleza”, se espera de él que se convierta en un hincha de fútbol gritón, o en un taxista gañán, o en un ejecutivo agresivo. Y a nadie le haría particular ilusión que un niño, con o, aspire a ser un sumiso secretario, un sensible bailarín o un modesto profesor de preescolar.

Pero los niños no nacen agresivos ni las niñas pasivas. La mirada y la convicción de los padres acerca del sexo de su hijo son absolutamente determinantes para el desarrollo de su identidad sexual. El comportamiento que las sociedades definen como convenientemente masculino está elaborado, en realidad, con maniobras defensivas: temor a las mujeres, temor a mostrar cualquier tipo de feminidad – ternura, pasividad, cuidado a terceros– y temor a ser deseado por otro hombre. La identidad masculina se asocia al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse utilizando la fuerza si es necesario, mientras que la femenina se asocia al ser femenino, dócil, pasivo y sumiso.

Todos los bebés se identifican con su madre e interiorizan sus cualidades básicas. Cuando un niño pequeño tiene dieciocho meses ya ha desarrollado una percepción de que es un chico, de que es diferente a su madre. A medida que crece va comprendiendo que, a diferencia de su madre, nunca se pondrá vestidos, que no le crecerán los pechos. También entenderá que él no será el principal responsable de la educación de sus hijos, la persona que les alimentará, les cambiará los pañales o les consolará cuando lloren. De su padre, si está cerca, y del mundo exterior –los medios de comunicación, sus compañeros, la escuela, los libros– aprenderá que ser un hombre significa trabajar fuera de casa, ser fuerte y rudo, no llorar y estar dispuesto a pelearse o a ir a la guerra. Y asimilará que los hombres son más importantes y dominantes en el mundo adulto, puesto que son quienes lo organizan. Una inmensa mayoría de líderes políticos, profesionales y religiosos son hombres. Los trabajos que desempeñan los hombres gozan de más prestigio y están mejor remunerados que los de las mujeres. En sus relaciones con las mujeres, los hombres, tradicionalmente, dominan, y son quienes inician las relaciones, sacan a las mujeres y las invitan. Las mujeres casadas adoptan el apellido de sus maridos, y pese a que ellas se ocupan de toda o casi toda la educación infantil, sus hijos llevan primero el apellido del padre. Así que, sin necesidad de que se le diga nada, el niño pequeño comprende rápidamente que en el mundo adulto la estructura de poder es justo la inversa a la de su pequeño mundo.

Es lo que se suele denominar como roles: la predeterminación en la conducta de una persona, algo que la sociedad espera y anima. Dichos papeles están íntimamente ligados al concepto de norma – cómo se debe comportar la gente– y al concepto de estereotipo –cómo se suele comportar la gente–. Así, los roles son patrones de comportamiento relacionados con lo que se suele hacer y con lo que idealmente se debería hacer. Los roles sexuales se corresponden al comportamiento aprendido en función de los hábitos culturales y se convierten en indiscutibles opresores. La identidad de género se aprende. Esto es, una persona nace con un sexo determinado, hombre o mujer, pero más tarde tendrá que avenirse a adoptar determinados comportamientos o actitudes, los que corresponden a su género. Al hablar de género nos referimos a una serie de patrones que cada cultura adjudica a cada sexo.

Inevitablemente, la cultura en la que vivimos configura y limita nuestra imaginación, y, al permitirnos actuar, pensar y sentir de una cierta manera, hace cada vez más complicado o imposible que podamos actuar o sentir de una forma opuesta o simplemente diferente

En nuestra cultura hemos atribuido tradicionalmente a cada sexo unas diferencias de género muy claras:

MASCULINO	FEMENINO
azul	rosa
corbata	pendientes
agresivo	pasiva
obsesionado con el sexo	reticente al sexo
sólo piensa en lo mismo	le duele siempre la cabeza
triunfador	poco ambiciosa
ejecutivo	secretaria
proveedor	distribuidora
sobrio	estridente
serio	frívola
el fútbol	el cotilleo
el Marca	el Hola
Soberano es cosa de hombres	Ausonia, porque me gusta ser mujer
Compórtate como un hombre	Utiliza tus armas de mujer

De esta forma nuestros papás, nuestras mamás y nuestras maestras nos inculcaron desde pequeñitas la idea de que para hacernos valer tendríamos que encontrar a un hombre que cuidara de

nosotras y de nuestra progeñie; y a ellos la de que para crecer como hombres de verdad deberían agenciarse una buena mujercita que cocinara, limpiara y planchase para ellos, sin que eso fuera impedimento para que de vez en cuando se hicieran con otra menos buena que hiciera por ellos algo diferente. Me dirán que mi generación no ha crecido con esos parámetros. Y les responderé que janda ya!

Por ejemplo (y esto lo he contado unas tres mil veces), en el colegio las monjas me decían que “*debía esforzarme en hacer los deberes porque algún día tendría que ayudarles a mis hijos a hacer los suyos*”; en mi casa a las niñas nos correspondía hacer las camas y recoger la mesa y la cocina después de comer, mientras los chicos se pegaban una vida de lo más regalada exentos de tales obligaciones (he de reconocer que yo, con aquello de que era la benjamina, exageraba a conciencia mi natural patoso y torpe con el fin de escaquearme en lo posible de las tareas domésticas); y en el barrio el chico con una historia sexual era un hombre con todas las letras y con más cojones que el caballo de Espartero, pero la chica a la que se supusiera “fácil” era una puta. Esta doble moral justificaba que mis hermanos no tuvieran hora de llegada a casa (o toque de queda) e incluso que pudieran, si querían, dormir fuera de ella, pero también justificaba, ojo, que se armara la marimoreña si yo aparecía más tarde de las once. Y si protestaba porque a mis hermanos no se les exigía la misma puntualidad, la respuesta era siempre la misma: “*¡Es diferente: ellos son chicos!*”. Y atención, que no estoy criticando a mis padres: semejante comportamiento era la tónica general en todas las familias de mi entorno.

La feminidad, en su visión tradicional, se centra en la imagen de la mujer como madre, persona que da alimento, calor y apoyo emocional. La masculinidad se centra en el mando: engloba la acción del hombre luchando para vencer obstáculos, controlar la naturaleza y constituirse en patriarca.

Pero desde que se acepta la incorporación de la mujer al campo laboral, estos roles tienen que cambiar: la mujer ya no puede ser exclusivamente pasiva y frívola y el hombre reivindica su derecho a interesarse por la moda, la decoración o el corazonero si le da la gana, sin que esto implique que se le tache inmediatamente de homosexual (o *femenino*, según nuestra cultura, aunque la apetencia hacia un sexo u otro no predetermina la adecuación del individuo a ningún patrón de género).

Una vez hemos admitido que la mayoría de las diferencias que tradicionalmente se establecen entre los sexos no son naturales sino que se adjudican arbitrariamente según cada cultura, la cuestión a debate es: ¿existen las diferencias reales entre hombres y mujeres? Y si existen, ¿cuáles son?

Los sociobiólogos de los sesenta y setenta, seguidos por los psicólogos evolucionistas de los noventa, promovieron, respecto a la evolución humana, la “teoría de la prostitución”, esto es, que puesto que los hombres vagabundeaban siempre libres, el gran reto para la hembra prehistórica consistía en atrapar un macho cazador y retenerle mediante una especie de pacto: “Comida a cambio de sexo”. La caballerosa concesión derivada de esta hipótesis es que la mujer de hoy puede hacer lo que quiera –fundar una empresa, conducir un taxi, pilotar un avión–, pero sólo a cambio de engañar a su instinto de hembra.

Hasta ahora las feministas han sido reacias a admitir diferencias de género, arguyendo que todas, salvo las más obvias y visibles, son producto de la cultura y no de los genes, y podrían ser eliminadas mediante una legislación adecuada y nuevos programas de educación.

Pero las diferencias son reales y variadas. Las mujeres tienden a ser más diestras (en el sentido literal de utilizar la mano derecha, no que sean más hábiles) y menos daltónicas que los hombres. Sus cerebros son más pequeños, para corresponder a unos cuerpos también más pequeños, pero su densidad de neuronas es mayor. Las mujeres tienen más inmunoglobulinas en la sangre; los hombres, más hemoglobina. Los hombres sintonizan más con sus dolores internos; las mujeres dedican más regiones del cerebro a la tristeza. Puntúen ustedes.

Los hombres integran el sexo físicamente más imponente. Por lo general son un 10% más altos, un 20% más pesados (que pesan más, no que sean una lata, quiero decir, aunque también) y un 30% más fuertes, especialmente de cintura para arriba. Pero las mujeres son más resistentes a la fatiga. Además, esta diferencia muscular no es tan estricta. Las atletas de hoy pueden correr, nadar y patinar más rápido que cualquier hombre de hace unas décadas, y, tal y como va la cosa, con la diferencia entre marcas reduciéndose en cada nuevo torneo, la brecha intersexos puede cerrarse cualquier día. Desde 1964, los tiempos femeninos en maratones han descendido un 34%, en comparación con el 4,2% de los hombres. Si la tendencia continúa, las maratonistas femeninas podrían dejar a los hombres atrás el próximo siglo.

Al parecer, es en el sistema límbico (situado en la parte interna del cerebro) donde deberíamos buscar el origen de la tendencia agresiva masculina, del instinto sexual y de muchas otras funciones vitales. Una de las partes que componen este sistema, el hipotálamo, está adquiriendo cada vez más importancia en los estudios sobre sexualidad. En las mujeres está mucho más desarrollado, y en los homosexuales es claramente mayor que en el resto de los hombres. (Un elemento que evidencia el hecho de que, con toda probabilidad ya antes de nacer, la cantidad de hormonas estimula la evolución en una fase determinada, como se verá más tarde.)

Las mujeres cuentan con mayor número de células cónicas en la retina, por lo cual son capaces de describir los colores con mayor detalle. Los ojos de las mujeres presentan mayor superficie blanca que

los de los hombres, y gracias a este hecho envían y reciben mayor número de señales oculares al poder descifrar con mayor precisión la dirección de la mirada. También poseen una visión periférica más amplia: un ángulo de visión clara de al menos 45 grados por cada lado y por encima de la nariz. Los ojos de los hombres suelen ser más grandes y su cerebro los configura para una visión cilíndrica “tipo túnel” a larga distancia, puesto que como cazadores necesitaban un tipo de visión que les permitiese identificar un blanco a gran distancia y perseguirlo con la vista; mientras que ellas, puericultoras, necesitaban visión periférica para controlar la actividad de las crías que jugueteaban a su alrededor.

Las mujeres tienen más oído que los hombres y mayor capacidad para distinguir sonidos agudos: sus cerebros están programados para distinguir el llanto de un bebé en pleno sueño. También muestran mayor sensibilidad para diferenciar las tonalidades en el volumen de voz, por lo que pueden detectar los cambios emocionales. El sentido del tacto, del gusto y del olfato está más desarrollado en las mujeres. Los hombres poseen mayor capacidad para detectar el origen de un sonido. Estas diferencias se adecuan a los diferentes patrones genéticos como cazadores/puericultoras-recolectoras.

Pero esta afirmación no debe malinterpretarse. De lo que estamos hablando es de *promedios*. Es imposible partir de una base en la que todo sea blanco o negro.

A medida que la biología avanza, algunas de las diferencias entre sexos se presentan más complicadas de lo que aprendimos en las lecciones del colegio, en las que se nos enseñaba que la testosterona era la hormona de los chicos y el estrógeno la de las chicas. Pues bien, no solamente están las dos hormonas presentes en ambos sexos, sino que el estrógeno es muy activo, y actúa sobre todo tipo de tejido. Los hombres deficientes en estrógeno no son más masculinos, simplemente son más propensos a enfermedades como la osteoporosis. Las mujeres producen testosterona, y pueden incluso necesitarla para la excitación sexual. Pese a su reputación como hormona masculina, los científicos no encuentran una relación clara entre los niveles de testosterona y la agresividad. De hecho, los niveles de testosterona en los hombres descienden ante riesgos concretos como tirarse en paracaídas (o, a juzgar por *Salvar al soldado Ryan*, desembarcar en Normandía). De modo, que sean los que sean los adornos moleculares del estrógeno y la testosterona, no deberían incluirse más entre ellos los colores azul y rosa para dividir la maternidad de un hospital.

Las hembras tienen una anatomía más *sociable*, incluyendo un útero que se acomoda cada mes con la esperanza de albergar una criatura, y un par de prominencias en el pecho de las que esa misma criatura podría luego alimentarse. Las células fetales derivadas de un embarazo pueden sobrevivir en la sangre de una mujer décadas después del alumbramiento. Lo que es más: las legendarias cargas de la condición femenina se revelan a veces como refuerzos. Es decir, lo que hasta ahora estaba considerado como una maldición o un bochorno va camino de ser visto como una ventaja.

Considérese el síndrome premenstrual. Muchas mujeres lo experimentan como un estado de elevada actividad, lucidez intelectual y sentimientos de bienestar, y, según los últimos descubrimientos científicos, parece ser que no andan tan equivocadas. Efectivamente, al producirse un cambio hormonal global pueden aumentar los índices de agresividad, pero también los de concentración. Algo así como tomar cocaína.

O la menopausia, que ha acaparado un replanteamiento aún más decisivo. De considerarse como una vergüenza, un hecho que había que ocultar, puesto que descalificaba a la mujer como sexualmente deseable, ha pasado a convertirse en un rito iniciático que merece celebrarse. La menopausia ya no se considera como el final de una etapa, sino como el principio de otra: la entrada en una nueva era de madurez y sabiduría. O al menos así lo creen dos mujeres de Nueva York, la escritora *free-lance* Beverly Douglas y la artista gráfica Alice Simpson, que acaban de lanzar una colección de tarjetas de felicitación sobre el tema. Y también las Red Hot Mamas (Las Mamás Sofocadas), un grupo de feministas que crearon asociaciones de apoyo para mujeres menopáusicas, asociaciones que en principio sólo operaban en Brooklyn y que actualmente se han extendido a 18 estados de Estados Unidos.

“Somos una especie *multisexuada* en la que los elementos denominados machos y hembras no se oponen”, decía el ensayista John Stoltenberg. Y es que durante las primeras semanas de gestación los embriones XX y XY son anatómicamente idénticos, dotados a la vez tanto de canales masculinos como femeninos. Son también sexualmente bipotenciales. Su futura diferenciación sexual vendrá determinada por la cantidad de hormonas femeninas (estrógeno) y masculinas (testosterona) que el embrión desarrolle. Pero, atención, hombres y mujeres poseemos las dos clases de hormonas, y es la proporción la que determina el género: a mayor cantidad de hormonas femeninas se es mujer; y a la inversa, hombre.

El macho XY posee todos los genes presentes en la hembra XX y además hereda genes del cromosoma Y. En cierto sentido el macho es la hembra más algo. El sexo hembra es el sexo base en todos los mamíferos, dado que el programa embrionario se orienta a la producción de hembras: Durante las primeras semanas los embriones XX y XY son anatómicamente idénticos, dotados a la vez tanto de canales femeninos como masculinos, y más tarde desarrollan unas características específicas de cada sexo.

En el primero de los estudios evolutivos de una célula fecundada en el útero materno el hombre y la mujer son biológicamente idénticos. Será sólo a partir de la influencia de algunos genes en los cromosomas sexuales cuando el embrión evolucionará hacia un sexo u otro:

Si el embrión tiende hacia el hombre las hormonas masculinas dejarán que se atrofién los núcleos de las estructuras femeninas; y viceversa si tiende hacia la mujer.

Es decir, aunque aparentemente hombres y mujeres son idénticos al principio de sus vidas, evolucionan debido a la acción de genes y hormonas y se convierten en seres biológica y corporalmente diferenciados.

Cada uno de nosotros es hombre-mujer. La cultura hebrea, con el mito de Adán y Eva, ya preestableció roles. Pero ¿de dónde venían Adán y Eva? Y sobre todo, si no habían nacido de mujer ¿por qué se les representa con ombligo?

El caso es que no existen características propias de un sexo que sean completamente ignoradas por el otro. La identidad sexual se parece a un juego de elementos complementarios, cuya intensidad varía de un individuo a otro. Por ejemplo, aunque se suponga que la agresividad es una característica masculina, una mujer muy agresiva puede serlo más que un hombre pacífico.

De esta forma se rebate el argumento de que nuestros comportamientos deban ir relacionados con nuestro aspecto físico, con nuestro sexo biológico masculino o femenino. En el primero de los estadios evolutivos de un embrión humano, el futuro hombre y la futura mujer son biológicamente idénticos. Las diferencias corporales entre el hombre y la mujer son en cierto aspecto intercambiables: existen algunos aspectos sexuales secundarios (acumulación de grasas, pecho, pelo, o voz) que varían sensiblemente entre individuos y entre razas. Un hombre oriental, por ejemplo, se parece mucho a una mujer occidental (ahora que se llevan delgadas). Algunos hombres y mujeres se parecen entre sí más que lo que puedan parecerse entre sí individuos del mismo sexo. Así que en cierto modo el hombre y la mujer son creaciones imaginarias.

Además, cada ser humano es el resultado de la ecuación *nature + nurture*, es decir, de la suma de sus códigos genéticos más la educación que haya recibido, lo que quiere decir que un hombre y una mujer, aunque parezcan diferentes debido a sus distintos patrones genéticos, pueden acabar pareciéndose al haberse socializado en una misma cultura. Es decir: un hombre y una mujer que hayan crecido en un mismo barrio se parecen más entre sí de lo que puedan parecerse un ejecutivo neoyorquino y un guerrero maorí, o una sevillana de Triana y una campesina de Manchuria...

Así que, contemplada tanto desde la mesa de laboratorio como desde la de la cocina, la diferencia es fascinante y puede incluso convertirse en factor de fuerza. Ahora que entendemos que las diferencias entre hombres y mujeres son exactamente eso, diferencias, y no defectos, taras o enfermedades, podremos aceptarnos a nosotras mismas no como el *segundo* sexo sino como *uno de los dos sexos* que morfológicamente puede adoptar un espécimen humano, asumiendo que las diferencias de sexo NO implican diferencias de derechos ni deberes, ni tampoco diferencias sustanciales de comportamiento.

En resumidas cuentas, lo que une a los dos sexos es mucho más importante que lo que los diferencia, y ésta constituye la razón principal para reclamar una igualdad de derechos.

Las feministas creemos que hay que iniciar la deconstrucción de la masculinidad y la feminidad tradicionales puesto que el desigual ritmo de los perfiles de género está dificultando nuestras vidas, las de hombres y mujeres, nuestras relaciones y nuestras posibilidades para desarrollarnos como individuos libres. Nos está poniendo muy difícil la comprensión mutua, e incluso aquello que llamamos felicidad. Y se trata de una responsabilidad de ambos sexos, porque la cuestión perjudica a ambos sexos. Necesitamos hombres feministas tanto como necesitamos mujeres feministas... ¿Por qué?

a) Porque la asignación de determinados comportamientos en función del género impide el desarrollo total de la personalidad de los individuos.

Las mujeres son coquetas, sumisas, exageradamente emocionales y sexualmente pasivas, mientras que los hombres son agresivos, menos emocionales y cariñosos, sexualmente activos y poco sensibles... Estos estereotipos no se basan en ninguna verdad científica irrefutable o absoluta, y no constituyen, en realidad, más que asunciones falsas. Pero mientras la sociedad siga dando por hecho que una mujer y un hombre deben tener diferentes comportamientos, una mujer va a tener difícil convertirse en una profesional cualificada y ser reconocida y respetada como tal, y a un hombre se le vetará el acceso a determinadas profesiones (peluquero, bailarín...) a no ser que asuma cargar con el sambenito todavía socialmente despectivo de *maricón*; y encontrará además mayores dificultades, debido a socialización, ambiente y educación, para expresarse en términos emocionales sin que sea tachado de blando. El que ponga en duda esta afirmación que eche un vistazo al ambiente de su empresa, y se plantee lo que

sucedería si un ejecutivo se permitiese llorar en público o coger de la mano a un colega, sanísimos comportamientos que sin embargo las secretarías practican a diario sin rubor alguno.

b) Porque la discriminación laboral de la mujer y el nulo apoyo a las madres trabajadoras ha provocado un descenso drástico de la tasa de natalidad.

Las mujeres suelen firmar contratos de seis meses que no son renovados en caso de embarazo. En las esferas ejecutivas se asume que la nueva madre se avendrá a no disfrutar del permiso completo o a estar permanentemente disponible en su domicilio como extensión de su trabajo. Los permisos de maternidad no se respetan en casi ninguna empresa, aunque es prácticamente imposible criar a un niño de pocos meses y mantener a la vez una jornada laboral de ocho horas diarias. El 98% de las empresas españolas no dispone de servicios de guardería.

c) Porque una sociedad con una tasa de natalidad cero se suicida.

La tasa de fertilidad española es la más baja del mundo; uno coma cero siete hijos por mujer. El Estado, sin contribuyentes, no podrá afrontar el gasto de las pensiones, y por otra parte la maquinaria industrial, sin consumidores, se autodestruirá. (Y la llegada de los inmigrantes no supondrá una solución al problema, puesto que no serán contribuyentes ni consumidores.) En los últimos veinticinco años estamos viviendo una serie de crisis económicas endémicas debidas, entre otras razones paramétricas, al descenso de la población. En definitivas cuentas: el escaso apoyo a la mujer trabajadora va a significar el fin de la sociedad capitalista tal y como la conocemos. Cualquier sistema político sensato habría intentado paliar esta forzada situación. Sorprende que ningún partido político incluya en su programa una medida urgente: la garantía para las madres trabajadoras de guarderías estatales, públicas gratuitas o subvencionadas. En sólo treinta años las mujeres han pasado de no pensar en el mercado laboral como proyecto vital a prácticamente considerarlo el único modo de vida. La falta de adaptación de la sociedad a este cambio ha traído como consecuencia el drástico descenso de la natalidad, es decir, la incorporación de la mujer al mercado laboral ha corrido paralela a su inhibición como reproductora. Pero no se trata de mujeres que hayan decidido libremente escoger entre trabajo y maternidad, sino que se ven forzadas por las circunstancias a posponer la maternidad, a optar por un único hijo o a renunciar a ella puesto que, desgraciadamente, los años fértiles de una mujer son los de desarrollo y promoción en su carrera.

d) Porque una sociedad que no permite iguales oportunidades laborales a ambos sexos impide las relaciones emocionales libres.

Las mujeres suelen realizar los trabajos feminizados, aquellos con los salarios más bajos y las menores posibilidades de promoción: secretarías (99% de mujeres), maestras de preescolar (97% M), cajeras (94% M) y servicios relacionados con la alimentación (75% M). También son las primeras en ser despedidas en momentos de crisis: el 75% del paro es femenino. Además, cobran en España un 30% menos que sus colegas masculinos, aunque muchas veces ellas mismas desconocen esta diferencia, dado que los salarios se negocian en privado. De esta manera las mujeres son las primeras en renunciar a su trabajo cuando llegan los niños, lo que años más tarde, en caso de desavenencias de la pareja, puede traducirse en :

–*Empobrecimiento del varón*, obligado a ceder su casa y su renta para el mantenimiento de su mujer y sus

hijos.

–*Empobrecimiento de la mujer*, si el varón se niega a hacer lo anterior.

–*Deterioro inevitable de la convivencia* cuando la pareja decide, por razones económicas, seguir compartiendo el mismo techo, lo que acaba degenerando en los altísimos niveles de violencia doméstica y terrorismo íntimo que conoce nuestro país.

Mis expectativas respecto al feminismo han cambiado. Solía creer que se trataba de una ideología, de un compromiso político, de grandes objetivos que nada tenían que ver con mi rutina diaria, con mi día a día. Durante mi adolescencia, la retórica feminista versaba sobre todo sobre la igualdad: ¿Eran hombres y mujeres iguales? ¿Existía alguna diferencia biológica que garantizase la superioridad del macho? ¿Podrían las mujeres deshacerse del sambenito de ser “el sexo débil”? ¿Era la cocina el lugar que realmente correspondía a la mujer? Eran grandes ideas. Importantes, transgresoras. Incitaban al debate. Obligaron a millones de personas a modificar su concepto de las mujeres. Pero ahora queremos más que ideas. Necesitamos hechos.

Nuestras abuelas, nuestras madres, nuestras hermanas mayores, defendieron como nadie la teoría de la igualdad. Asumida ésta, ahora nos toca discutir sobre cómo hablar, cómo trabajar, cómo combatir el sexismo día a día. En todas las oficinas en las que he trabajado se defendía la igualdad. Pero la mayor parte de las veces la teoría estaba reñida con la práctica: las secretarias eran mujeres y no hombres, en las altas esferas ejecutivas prácticamente no había mujeres, el acoso sexual estaba a la orden del día... (¡ay! esos señores encorbatados que no hacían más que llamarme *bonita* o *monísima*, y que no despegaban los ojos de mis tetas, pero que no dudarían en calificarme de ninfómana si me atrevía a decir en público que el mensajero estaba bueno...). Ahora nos toca luchar, en la práctica. Y no contra los hombres, sino con los hombres, en pro de un sistema social más justo.

Y es que ser hombre no implica ser machista, por definición. Ni ser mujer implica ser feminista. De hecho no me gusta utilizar la palabra *machismo*, que implica que el problema lo han creado los hombres, y prefiero utilizar la palabra *sexismo*, que define a un problema creado por la discriminación en función de sexo.

Millones de veces he oído que no hay peor enemiga para una mujer que otra mujer. Esta afirmación es cierta, porque la peor enemiga de una mujer suele ser precisamente ella misma. Y esto es porque el peor amigo y el peor enemigo de cualquiera suele ser uno mismo, que es quien mejor conoce sus necesidades y sus puntos débiles. Y también, nadie lo duda, hay mujeres misóginas. Este concepto suena tan raro como hablar de un negro del Ku Klux Klan y, sin embargo, si se piensa con cuidado, no es tan absurdo, puesto que cuando en los Estados Unidos del Sur se proclamó la emancipación, miles de esclavos aseguraron que preferían quedarse sirviendo en sus antiguas plantaciones antes que salir al exterior a buscarse los garbanzos, porque tenían miedo a morir de hambre si se arriesgaban a emprender por su cuenta la aventura de la vida. Cualquiera que haya tenido un canario conoce el pánico que el pájaro siente a abandonar su jaula, y es que el miedo a la libertad es uno de los más antiguos, y está acendrado en todos nosotros.

Existen montones de mujeres que odian a sus semejantes, sea por celos, por envidia o por miedo. ¿Quién no ha conocido, por ejemplo, a una secretaria que se negaba a trabajar para una mujer ejecutiva? ¿O a una de esas mujeres que afirma orgullosamente tener muchos amigos y ninguna amiga? ¿U otra que muestra una antipatía inmediata hacia cualquier mujer guapa que se interponga en su camino? Existen muchas mujeres que desconfían de su propio sexo, y que lo saben e incluso lo admiten. Y también hay otras muchas que ni siquiera son conscientes de su postura, por ejemplo:

La mujer que considera a su marido o a sus hijos el centro de su existencia y supedita toda su vida a la de su hombre o su familia.

La entrega excesiva hacia otros acaba por hacerle olvidar a cualquier persona que posee una personalidad propia. El tema de la madre castradora que ve con terror cómo sus hijos la abandonan para emprender su propia vida e intenta boicotear por todos los medios –disfrazando tales medios de amor– cualquier afirmación de independencia de su hija es moneda de uso tan común en la historia de la literatura que no me extenderé en él. Ese tipo de mujer inevitablemente amarga a sus propias criaturas con su exceso equivocado de amor. Y no es que yo critique la maternidad. Muy al contrario, me parece una experiencia enriquecedora, positiva, y altamente recomendable. Pero una mujer no debe vivir a través de sus hijos, sino asumir que cuando los pare sólo funciona como vehículo: hace llegar a este mundo una vida independiente y autónoma, que puede y debe funcionar por sí misma, por mucho que requiera del amor, el apoyo y la atención de su madre.

La que culpa de la infidelidad de su marido/amante a la mujer que se acuesta con él, y le exculpa a él, como si un hombre no tuviera capacidad de elección y la mujer fuese un ser demoníaco y tentador que le obligara a actuar contra sus propios deseos.

Nunca existe “esa otra mujer que me lo robó”. Nadie roba a nadie, porque cada uno nos pertenecemos a nosotros mismos (o, según se mire, a Dios). La inclinación sexual responde siempre a una elección personal.

La mujer de carrera insolidaria que ha conseguido compaginar con éxito maternidad y trabajo y se empeña en asegurar que “la mujer ya no está discriminada y que el feminismo no tiene sentido o está pasado de moda”.

Esta mujer olvida que a una madre trabajadora se le siguen presentando, a día de hoy, numerosos conflictos, y que hace una falta una suerte excepcional para resolverlos, por no decir dinero o relaciones. La que lo ha tenido fácil no tiene derecho a hablar en nombre de la generalidad de su sexo.

La feminista de la diferencia, la que examina con ojo crítico a la paranoica y competitiva sociedad capitalista asumiéndola a lo masculino y opina que es mejor quedarse en casa que salir al mundo laboral y fracasar.

La elección se basa en una suposición absurda y en un no menos absurdo sistema de equiparación de roles al género: o te quedas en casa, donde esperas poder expresar tu ternura, dar y recibir calor, comportarte espontánea y generosamente, ser femenina, o entras en el mundo masculino y juegas el juego como un hombre, es decir: control, impasividad, fines sobre medios, explotación. Pero los problemas de la sociedad capitalista son problemas políticos, no de género. La nuestra *no* es una sociedad creada por y para los hombres; también la apoyan las mujeres que se quedan en casa reproduciendo este sistema. Nuestra sociedad no cambiará en tanto todos, hombres y mujeres, no hagamos algo por resolver sus defectos.

Pero nuestro peor enemigo no son las mujeres que nos desprecian, de la misma forma que a veces nuestro mejor amigo puede ser un hombre. La mejor amiga o la peor enemiga de una mujer es ella misma, porque al fin y al cabo la única persona con la que sabemos que vamos a contar durante toda nuestra vida es la que llevamos dentro. Nuestros amigos, nuestros amantes, nuestras familias, pueden abandonarnos o morirse, pero, queramos o no, nosotras no podemos librarnos nunca de la carga de nuestro yo, que no se morirá hasta que nuestro cuerpo se muera. No comparto la idea freudiana de que en toda mujer se esconde una masoquista, pero sé que existen pautas de autodestrucción típicamente femeninas, no heredadas en los genes sino aprendidas por educación, del tipo:

–Cuando creemos la mentira de que somos incapaces de crear obras importantes: la endémica subestima femenina. Cuando asumimos que literatura femenina equivale a subliteratura y nos avergonzamos de decir que hacemos literatura, cine, o arte de mujeres. Cuando nos conformamos con producir trabajos artísticos o intelectuales en los que imitamos a los hombres, mintiendo a los demás, pero sobre todo a nosotras mismas.

–Cuando no damos la importancia debida a nuestro trabajo o a nosotras mismas, cuando pensamos que son más importantes las necesidades de las demás que las propias. Cuando no nos esforzamos en llegar al techo de nuestras posibilidades y no conseguimos prestar a nuestro trabajo el mismo cuidado o atención que dedicamos a nuestros amantes, nuestros maridos o nuestros hijos.

–Cuando practicamos la hostilidad horizontal, es decir: el desprecio por nuestra propia clase. Cuando permitimos que el espíritu de odio y desdén hacia la mujer que nos han inculcado se traduzca en proyecciones superficiales hacia otras mujeres. Cuando odiamos a otra mujer sólo porque es más guapa o tiene más éxito. Cuando asumimos que las guapas son tontas por definición y las feas unas amargadas. Cuando hacemos extensiva nuestra escasa autoestima hacia el miedo o la desconfianza hacia otras mujeres a las que no respetamos precisamente por ser como nosotras. Cuando consideramos a las demás mujeres como potenciales rivales y no como seguras aliadas.

–Cuando nos convertimos en adictas a la aprobación masculina y no consideramos justificada nuestra existencia en tanto no tengamos un hombre al lado, sea cual sea el precio que paguemos por su compañía. Cuando nos enganchamos a un concepto peligroso del amor: el del amor como sacrificio y el de la amante como redentora de su hombre. Cuando sacrificamos lo más importante de nuestro yo – nuestra autoestima, nuestra valoración, nuestro ego, nuestra estabilidad– a un hombre: lloramos porque no nos llama, o porque nos deja, o porque es infiel, o porque no nos valora, y nos olvidamos de que nadie podrá estimarnos en tanto no nos valoremos a nosotras mismas.

Resumiendo: victimismo, hipocresía, trivialización del propio valor, desprecio de nosotras mismas y de nuestras semejantes, adicción al amor. Éstas son las lacras femeninas más típicas. Pero no

son inevitables ni difíciles de combatir. Una mujer fuerte se valora, se quiere y busca modelos en otras mujeres para aprender a seguir haciéndolo día a día. Identificado el problema, definida la solución. Integrarse en la cultura de la pasividad y adaptarse a sus reglas significa degradarse y negar nuestra propia plenitud, una plenitud que todavía está por llegar. El camino para alcanzarla empieza y acaba en nosotras. Porque detrás de cada gran mujer siempre hay una gran mujer: ella misma.

Va siendo hora de meternos en la cabeza que el futuro está en nuestras manos, no en nuestras piernas.